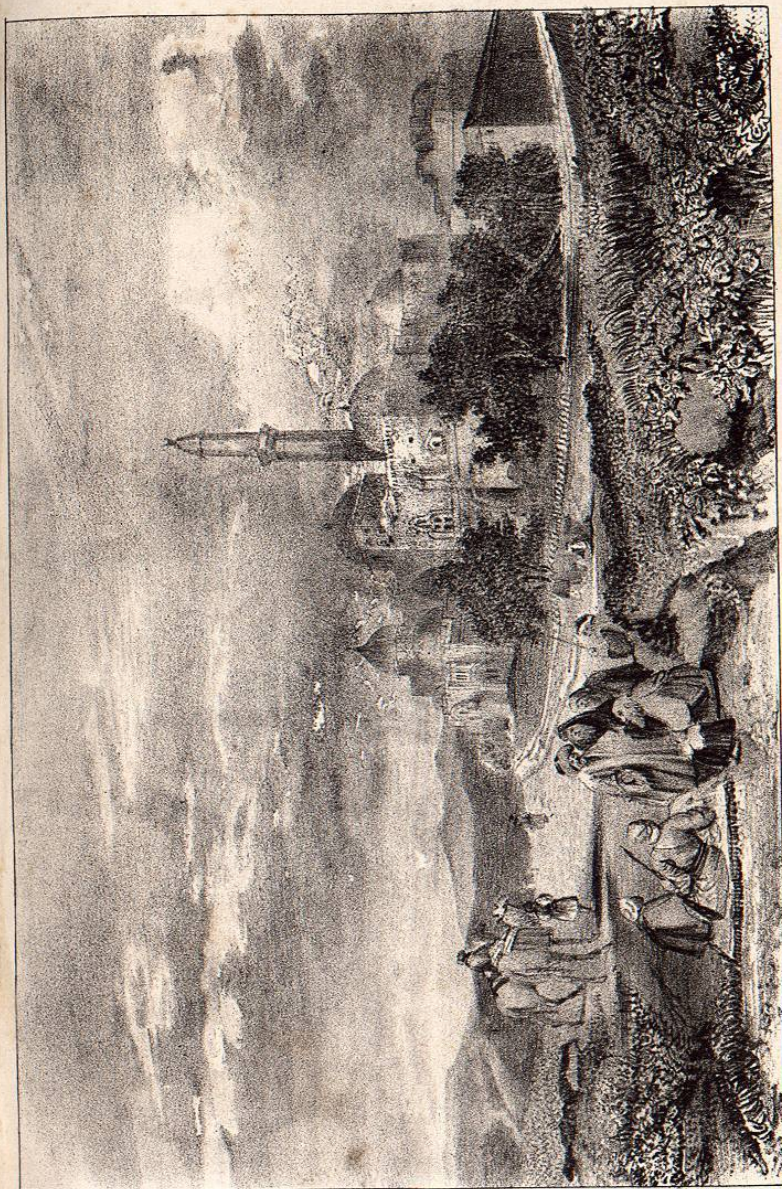


tados de tal huida. Pero el pobre animal habia caido reventado al entrar en Jericó, y no queriéndola abandonar su amo, le cogieron llorando al lado de la pobre bestia. Esta yegua tiene un hermano en el desierto, y es tan famoso que los árabes saben siempre donde ha estado, donde está, qué hace y si está bueno ó malo. Ali-Aga me enseñó en los montes, cerca de Jericó, las huellas de la yegua de que acabo de hablar; y es cierto que un macedonio no hubiera mirado con más respeto las del Bucéfalo.

Presentaremos aquí varias pruebas y hechos de lo mucho que padecen los religiosos en la Tierra Santa. El P. Rogerio dice, „que el primer religioso que sufrió el martirio en los Santos Lugares fué un frances llamado Limin, que era de la provincia de Turena, y fué degollado en el gran Cairo. Poco tiempo despues fueron muertos fuera de la puerta de Jerusalem los padres Santiago y Jeremías. El P. Conrado de Alis Bartolomé, del monte Policiano, en la provincia Toscana, fué partido en dos mitades en el gran Cairo. El P. Juan de Eter, español, de la provincia de Castilla, fué hecho mil pedazos por un bajá. El soldan de Egipto hizo degollar á siete religiosos, y otros dos fueron desollados vivos en Siria. El año de 1637 los árabes martirizaron á toda la comunidad que estaba en el santo monte Sion, y constaba de doce personas. El P. Cosme de San Francisco fué muerto por los turcos á la puerta del Santo Sepulcro, estando predicando la fé de Jesucristo. Estando una noche seis reli-





giosos, que formaban la comunidad de la casa del profeta Jeremías, cantando maitines fueron muertos por los árabes, los que luego quemaron el convento; pues los turcos no solo martirizan á los infelices religiosos, sino que muy á menudo convierten sus iglesias en mezquitas.”

Por varios papeles que leí en el convento, se ve que los infelices religiosos que guardan el Santo Sepulcro, han pasado muchos siglos defendiéndose día por día de la tiranía y tropelías de los turcos. Así, pues, necesitan obtener permisos para proporcionarse alimento, para enterrar los muertos, etc. Algunas veces les obligan á montar á caballo sin necesidad, para hacerles pagar los derechos: otras un turco se declara dragoman del convento, aunque los religiosos no quieran, para exigirles un buen salario. Se valen los turcos de las mas raras invenciones del despotismo oriental para atormentar á los religiosos, y así es que una vez quisieron matar á dos de ellos porque un gato habia caido en el aljibe del convento. En vano obtienen á peso de oro órdenes que parecen ponerles á cubierto de las tropelías, pues las tales órdenes no se obedecen, ó á lo sumo mal, y así cada año se inventan nuevas opresiones y se exigen nuevos firmanes. El comandante culpado, y el príncipe que en la apariencia parece favorecer al oprimido, son dos tiranos que están de acuerdo, el uno para cometer una injusticia ántes que se haga la ley, y otro para vender á peso de



oro una ley que solo se establece cuando se ha cometido el delito.

Aunque en estos últimos años bajo la dominacion de Mehemet-Ali, ya no sufren los religiosos las vejaciones que acaban de referirse, con todo eso, la posicion de aquellos hombres es sumamente difícil, por la grande escases de numerario, y los muchos gastos que tienen que hacer. „Si yo tuviera, dice el viagero Geramb, el honor de ser sacerdote y predicador, consideraria como una obligacion á mi vuelta á Europa subir al púlpito para representar á los fieles la situacion deplorable, y las admirables virtudes de estos religiosos, que dedicados á guardar el pesebre, el Calvario y la tumba del Dios redentor, defienden con riesgo de su vida estos depósitos sagrados, y con la frente en el polvo no cesan de rogar por la iglesia, por los reyes y por los pueblos cristianos. Yo les haria conocer el precio de sus sacrificios, y comprender la obligacion que tienen de concurrir á mantener á estos héroes de la fe. No me detendré en hablar mucho de estos fervorosos misioneros que vienen á pasar doce años en el Oriente para dedicarse á la instruccion y al bien de sus prójimos, y que en el Cairo, Alejandría, Jerusalem etc., etc., cumplen con esta mision con un celo y una caridad semejante á la de los primeros siglos de la iglesia. Diria que los religiosos de la Tierra Santa cuidan constantemente de los católicos necesitados, y que especialmente en los tiempos de calamidad manifiestan una caridad superior á todo elogio pagando el alquiler de las casas de los po-

bres, las multas que se les exigen, los derechos ó contribuciones que deben pagar al gobierno, distribuyendo pan á los necesitados y sopa á los enfermos, dando camisas, zapatos y cortes de ropa á las mugeres pobres, enviando el médico del monasterio á las casa de los enfermos, y pagándoles los remedios: en fin, el particular objeto de su solicitud paternal son las viudas y los huérfanos, y estienden esta solicitud á Belen, Nazaret etc., con la circunstancia de que cuando se ve á un desgraciado, jamas se pregunta de qué religion es para darle socorros.

Los padres de Jerusalem alojan y alimentan durante un mes á todos los peregrinos que se presentan, menos á los griegos, armenios etc., que tienen asilo en los monasterios de su nacion. En los lugares en que hay convento mantienen á su costa un profesor de primeras letras especialmente encargado de enseñar á la juventud árabe la religion ante todo, despues á leer, escribir y la lengua italiana, y á este precioso beneficio añaden el de mantener á los niños que reciben las lecciones.

He aquí en resúmen el uso que hacen los padres de la Tierra Santa de las limosnas que reciben, de las que apenas se reservan lo estrictamente necesario. Ahora bien, si se supiera y se viera lo que yo se y veo, ¿seria dable que la piedad cristiana no se creyera obligada á socorrerlos?

Entre las pruebas que ponen en claro la munificencia de que los soberanos y príncipes de Europa dieron



otra vez brillantes testimonios á los establecimientos religiosos de la Tierra Santa, hay uno que admira tanto como dá satisfaccion; es una carta de Enrique VIII, rey de Inglaterra, quince años ántes de que se volviese perseguidor furioso del catolicismo, despues de haber sido su defensor.

„Enrique, por la gracia de Dios rey de Inglaterra, y de Francia, y señor de Irlanda,

A nuestros caros y venerables religiosos, el padre guardian y padres del órden sagrado de Menores de la observancia, que viven cerca del sepulcro de Nuestro Señor, salud.

La tierna adhesion que nos han inspirado desde nuestra infancia, la vida evangélica que observais, y vuestros continuos trabajos en la viña del Señor, nos conduce á venir en vuestro auxilio, á ayudaros, y á contribuir al sostenimiento de los edificios sagrados, y tanto mas, cuanto que con un zelo que excede al de otros, en los lugares en que estais, os dedicais habitualmente á recibir peregrinos, á asistirlos, auxiliarlos y ejercer otras muchas obras de caridad: que os dedicais á adornar y á glorificar con himnos, cánticos y sacrificios perpetuos de alabanza los sagrados lugares, que por nuestra salud regó el Señor con su sangre, sobre todo su Santo Sepulcro, prueba manifiesta de nuestra futura resurreccion, y que en fin diariamente teneis que tolerar las injurias, los ultrages, los golpes, las heridas y los tormentos.

Por tanto, para que podais soportar con ménos fati-

gas estas tribulaciones, y aplicaros con mas ardor á la oracion y á otras buenas obras, y que destinados á recibir una gran recompensa en el cielo, os acordareis de nos, os señalamos y asignamos por las presentes letras una limosna anual de mil escudos de oro, ó su equivalente, limosna que durará por el tiempo que nos parezca, y que en virtud de nuestras órdenes comenzareis á recibir en Rodas, despues de la próxima fiesta de Pentecostes, de mano del gran maestre de Rodas, y lo mismo en lo succesivo, año por año despues de dicha festividad, y siempre, como va dicho, segun nuestra buena voluntad.

Con este objeto os presentareis delante del gran maestre de Rodas á cuyos buenos oficios y cortesanía recurrimos para este pago, y así dirigid por nos oraciones al Todopoderoso.

En fe y testimonio de la presente limosna dada por nos, hemos firmado de nuestra mano estas letras patentes, y las hemos sellado con nuestro sello privado.

Dado en nuestro palacio de Greenwich á 22 de noviembre del año del Señor de 1516 y octavo de nuestro reinado.

*Firmado.*--Henrique rey.

Andres Hammon.”

Existe el original escrito en pergamino en los archivos del convento de San Isidoro en Roma.

Pues no solo Henrique VIII se manifestó tan liberal con los establecimientos de la Tierra Santa: hubo tiem-



po en que todos los soberanos católicos rivalizaban en generosidad sobre este punto, así es que no hay en toda la Palestina iglesia ó sacristia en que no se halle alguna señal de esto. Francia, España, Portugal, Alemania, Polonia, Venecia, Toscana, Nápoles, Roma y otros estados de Italia enviaban á porfia sus ofrendas á los santos lugares. Para no fatigar con tantos pormenores, no hablaré sino de los de España.

Isabel reina de Castilla ademas de las joyas preciosas de que ella se despojaba contenta á favor del Santo Sepulcro, asignó á los religiosos una limosna anual de mil escudos de oro. El emperador Carlos V mandó reponer á sus espensas la iglesia que amenazaba ruina. Felipe II envió un ornamento sumamente rico de terciopelo negro en el que estaban bordados con perlas finas magníficos diseños de la pasion de Nuestro Señor, y de los santos principales del orden de San Francisco. Felipe III y la reina Margarita su muger, no se limitaron á señalar á los religiosos una renta de treinta mil ducados, sino que donaron cálices, albas, una lámpara de plata de las mayores dimensiones que entónces habia, y multiplicaron de tal modo sus beneficios, que ordinariamente se decia en el monasterio que „para su Magestad católica Jerusalem era su Escorial, y que la reina Margarita se habia hecho sacristana del Santo Sepulcro.” Pero entre todos se distinguió Felipe IV, quien en el curso de su reinado, hizo el solo mas para el sostenimiento de los Santos Lugares, que lo que habian hecho los otros príncipes en tres siglos. En 1628

envió treinta mil ducados para reparar el convento de Belen; y desde 1640 hasta 1652 fueron tan abundantes las limosnas que recibieron los padres latinos, que se decia de él que depositaba sus tesoros en el sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo. Entre las donaciones que aun hoy llaman la atencion de los peregrinos, no he podido ménos de ver con cierta especie de admiracion las *albas*, entre otras, aquellas que solo sirven en los dias de fiestas solemnes; hay muchas bordadas de oro, y he visto algunas, tanto mas preciosas, sobre todo á mis ojos, cuanto que fueron trabajadas por las manos imperiales de la inmortal María Teresa de Austria.

